

LORENZO SILVA



CASTELLANO

La épica revuelta del pueblo de Castilla contra el abuso de poder de Carlos V culminó en la batalla de Villalar, el 23 de abril de 1521. Las tropas imperiales arrollaron a las de las Comunidades de Castilla y decapitaron a sus principales capitanes: Padilla, Bravo y Maldonado. Aquella jornada marcó el declive definitivo de un próspero reino que se extendía a lo largo de tres continentes y cuya disolución dio lugar a un nuevo Imperio que se sirvió de sus gentes y sus recursos. Desde entonces, Castilla y los castellanos han sido vistos como abusivos dominadores, cuando en realidad su alma quedó perdida en aquel campo de batalla y ha languidecido en tierras empobrecidas, ciudades despobladas y pendones descoloridos.

Esta novela es un viaje a aquel fracaso, nacido de un sueño de orgullo y libertad frente a la ambición y la codicia de gobernantes intrusos y, en paralelo, del descubrimiento tardío del autor, a raíz del extrañamiento y el rechazo ajeno, de su filiación castellana y del peso que esta ha tenido en su carácter y en su visión del mundo.

*Para mi madre, por el regalo de Castilla.
Por todos los demás regalos.*

El uicioso e el lazado amos han de morir
el uno nin el otro non lo puede foyr,
quedan los buenos fechos, estos han de vesquir,
dellos toman enxyenplo los que han de venir.

Poema de Fernán González (Anónimo)

Tampoco la república puede ser privada de ningún modo de esa potestad de defenderse a sí misma y de administrarse contra las injurias de los propios y de los extraños.

FRANCISCO DE VITORIA,
De la potestad civil

¿Podrías tú con las mismas pulsaciones
carbonizar por fin las frías brasas de tu corazón?
O del mío, es
indiferente.

No; no lo hagas. Restaura cada día
tu pacto luminoso con la muerte.

ANTONIO GAMONEDA,
Canción errónea

Prólogo

Identidad

Desde que nací o al menos desde que recuerdo, en el tiempo y el lugar que se me dieron para vivir, mi existencia estuvo marcada por el peso, a menudo molesto y en ocasiones insoportable, de la identidad.

No la mía: la ajena.

Tenía que ver esta sensación, desconcertante y engorrosa, con dos hechos coincidentes y contradictorios: el primero, verme rodeado de gente entregada a una exaltación de sus orígenes que se imponía a los demás órdenes y afanes naturales de la vida; y el segundo, carecer de manera espontánea de cualquier clase de percepción en mí mismo de una pertenencia que me reclamase un servicio semejante. Si en algún momento me daba por preguntarme qué era yo, la respuesta conducía a una identidad imprecisa y ligera, que poco o nada me pedía.

Mi exención tenía en parte un origen biográfico: una familia paterna mediterránea y andaluza y una familia materna castellana y mesetaria. Dos temperamentos en muchos sentidos antitéticos que me abocaban, tal vez, a ser una mayonesa sin ligar. Para colmo, el crisol en el que se habían fundido ambos era la ciudad de Madrid, ese viejo poblachón manchego de nombre árabe ascendido a capital y desdibujado por los aluviones de hambrientos allí arrojados durante siglos desde los más diversos rincones peninsulares. Mis padres, hijos de escarmentados por la carnicería civil —y más vencidos que vencedores—, tampoco se esforzaron en empujarme por la senda de la adhesión a idea alguna de patria, dejándome vía libre para que mis afectos se concentraran en los libros y en sus artífices,

fuera cual fuera su lengua o su lugar. El azar de mis lecturas me condujo en seguida a la preferencia por los sin sitio, los apátridas, extranjeros y desterrados. Franz Kafka, el mayor escritor en alemán de su siglo, encerrado en la carcasa de un judío checo que odiaba su ciudad; Raymond Chandler, un inglés de Chicago expedido a California para convertirse en amargo cronista del sueño americano; Marcel Proust, un parisino que huyó de París en sus libros al tiempo que lo clavaba para la posteridad en un cuadro inmisericorde. Entre los españoles, Ramón Sender, Arturo Barea o Chaves Nogales, los tres forzados a mendigar como fugitivos la caridad anglosajona. Y un poco más tarde, como una confirmación suprema, el más desgarrador de todos: Walter Benjamin, la mente más extraordinaria de Berlín, a quien le tocó malvivir en París o Ibiza para ir a morir en Portbou.

Una y otra vez, eran personajes como estos, tan maltratados y tan incomprendidos por los suyos, o sin suyos a los que volverse, los que me removían el corazón, con preferencia a esos patriotas arrebatados que desde la más tierna infancia también se cruzaron en mis lecturas. Sin ir más lejos, la galería de héroes de Edmondo De Amicis, como el tamborcillo sardo o el pequeño vigía lombardo, que se exponían al fuego enemigo por la honra y la gloria de Italia. Estos no dejaban de inspirarme ternura, pero nunca lograba sentirlos tan próximos.

Tales eran mis mimbres interiores, que iba entrelazando y ajustando en un contexto y un entorno cuyo mensaje no podía ser más opuesto. No dejó de tener su influencia, para que el contraste lo percibiera de la forma más aguda posible, que mi hábitat en los años que asistieron a mi acceso al uso de razón, la educación primaria y el bachillerato fuera una colonia militar. Eso quería decir que entre mis vecinos no faltaba alguno que hacía de su nacionalidad profesión permanente, por la vía de una banderita en el reloj, por ejemplo. No constituían, ni mucho menos, la ma-

yoría del vecindario. De hecho, cuando murió el que las impedía y hubo elecciones, el que ganó en mi barrio fue un filósofo que apenas hablaba de patrias y tildó a su efímero partido a la vez de popular y socialista. Sin embargo, con ser pocos, los de la banderita eran ostentosos y estridentes, y poco menos que exigían que todos los secundáramos en sus inflamaciones, so pena de ser tenido por traidor o enemigo. Como ya había pasado el tiempo en que podían convertir esa etiqueta en alguna clase de sanción, se los ignoraba cordialmente, pero ahí estaban, como una incomodidad persistente y hosca que un 23 de febrero, el de 1981, se volvió algo más inquietante; por suerte sin mayor trascendencia ni prolongación más allá de la siguiente jornada, cuando algunos regresaron ojerosos y abatidos de sus cuarteles.

Lo de la colonia militar tenía otras consecuencias relacionadas con la identidad y sus malformaciones. Por ser nuestros padres lo que eran, todos éramos objetivo de unos individuos que habían convertido su propia sensación de pertenencia en licencia para diversos alardes. Por ejemplo, instalar artefactos explosivos bajo vehículos familiares a los que subían los uniformados a quienes se deseaba eliminar, pero también sus hijos, sin que importara mucho que el mecanismo detonador no lo pudiera detectar e iniciara igualmente el proceso de ignición. Era otra la patria, otra la bandera y otra la mitología fundacional en la que se asentaba esa identidad, que desde que teníamos conciencia no nos quedaba otra, a los niños de mi barrio, que percibir como una amenaza para nuestros mayores y para nosotros mismos por el solo hecho de estar empadronados allí. De aquella amenaza nos reíamos a veces, cuando jugando a las canicas veíamos pasar a los soldados armados que en momentos de especial actividad del llamado comando Madrid patrullaban entre los bloques –con cara de fastidio, porque casi todos eran jóvenes que cumplían su servicio militar obligatorio–; pero

aprendíamos a tomarla en serio cuando poníamos el tele-diario y salían imágenes de un coche convertido en un amasijo de hierros retorcidos y algún atisbo de los cadáveres, cuya visión no se disimulaba entonces tan a conciencia como luego sería costumbre. Nos la terminamos de creer, con horror, cuando la bomba lapa acabó adosada a los bajos del coche de uno de nuestros vecinos. Quiso la fortuna que esa precisa mañana subiera solo, dándole a su familia la opción de llorarlo.

Estas y algunas otras razones explican por qué mi relación con la identidad, y con quienes ponderan o blasonan de la suya en exceso, nunca ha sido demasiado entusiasta. Todos somos el resultado de las circunstancias que nos depara la existencia, y seguramente no cabe alegar nada de lo que ellas nos impiden o nos llevan a ser como mérito o demérito de ninguna clase. Simplemente establecen los raíles por los que cada uno transita por el mundo, y no es inexorable que sea ese viaje un ejemplo de excelencia o de infamia; son las decisiones de cada individuo las que, interpretadas por otros, lo conducen a merecer y en su caso obtener alguna forma de reconocimiento o de rechazo.

Por eso nunca me jacté de mi déficit de identidad, en comparación con la intensidad y el poder de arrastre que advierto en la de otros. Por eso tampoco afronto con vergüenza ni orgullo el relato que abren estas páginas y que no sé muy bien cómo denominar, para que nadie se llame a engaño ni me acuse, con razón, de defraudar con mi libro sus expectativas. Voy a hablar en él de mi vida y de mis cosas, porque no sé eludirlas para abordar el asunto que lo motiva; pero no pretendo entregar un texto autobiográfico, porque mi vivencia no me mueve hasta el punto de hacer de ella el eje de una narración y porque creo en el poder de la invención para destilar las verdades esenciales, lo que me autoriza y aun me incita a incurrir en la ficción, incluso –o sobre todo– si es mi propia sustancia vital la que echo al alambique.

Voy a hablar de la vida y las cosas de otros, que existieron, obraron y pagaron por ello el más alto precio concebible para un ser humano; pero no busco escribir una novela histórica sobre ellos, porque prefiero entresacar de sus peripecias lo que más me conmueve, dejando que sean quienes deben, los historiadores, y con los medios que procede emplear, la documentación y su crítica científica y fundada, los que perfilen el atestado que de ellos debe guardarse, sin que las frívolas ocurrencias de un armador de ficciones traten de suplantarlos.

Voy a poner en limpio ideas que me acompañan desde hace años, y que empezaron a acuciarme de una manera imprevista cuando, siendo yo forastero en tierra ajena, aunque no del todo, empecé a percibir en mí mismo esa identidad que nunca había tenido presente; pero tampoco es un ensayo lo que me propongo. Digamos, para simplificar, que esto es el relato de un viaje: de cómo, contra todo pronóstico, alguien que nunca tuvo noción de ser nada, en términos de adscripción colectiva, y que podría no ser quien lo narra, acaba siendo y sintiéndose algo.

Quizá se la pueda llamar novela. O quizá no. Decídalo quien la lea.

1

Atisbos

Mi infancia transcurrió insensible a los campos de Castilla. Estaban ahí, debajo, pero los había borrado la piel de la ciudad, hecha de calles, aceras y edificios. En el Madrid que me vio crecer la porción de tierra aún no urbanizada adoptaba la fisonomía del descampado, que siendo en apariencia semejante representa todo lo contrario del campo. Este es una extensión apenas perturbada por la excepción de las casas. El descampado es la excepción que resiste a la extensión del ladrillo. De hecho, ninguno de los descampados de mi infancia existe ya: todos han sido ocupados por bloques y urbanizaciones. Son hoy inviables los peligros e imprudencias a los que allí nos exponíamos a diario.

En mis primeros quince años de vida apenas tuve contacto con más Castilla que la arrollada y aniquilada por la pujanza de la capital que siglos atrás le nació en medio, que poco a poco se fue convirtiendo en otra cosa y que también tiene su historia, pero no es esta. El madrileño, o

el madrileño que yo fui, difícilmente se sentía castellano, aunque le diera tiempo a estudiar aquella geografía que incluía a Madrid en la región de Castilla la Nueva. El libro del colegio podía decir misa: lo que había cuando bajaba uno a la calle, en mi barrio y en cualquier otro, era una mezcla de gentes de procedencia dispar e identidad dispersa, amontonada en un paisaje urbano sin más rasgos distintivos que la velocidad a la que bullía e iba devorando descampados.

Podía advertir la diferencia cuando iba, varias veces por año, a una tierra que sí era algo y lo proclamaba en cada rincón de sus pueblos, sus campos y sus costas. Siempre que viajaba a Málaga, la tierra de mis antepasados paternos, notaba con intensidad el sabor de Andalucía, desde el momento en el que cruzábamos el paso de Despeñaperros hasta el instante en que aparcábamos el coche bajo el balcón de la casa de mi abuela y durante todo el recorrido entre ambos, en Jaén o en Granada. No era solo el acento de la gente, el enlucido de las fachadas o la luz que estallaba entre los olivares. Allí se palpaba una conciencia y una comunión en torno a la idea de ser andaluces, al margen de las rivalidades provinciales de rigor, que no tenían equivalente en Madrid, donde transcurría sin asomo de un sentimiento tal mi existencia.

La mejor prueba de que ser andaluz era algo la tenía en el hecho de que por mucho que me empeñara, y aun hallándose allí mis raíces, no logré nunca sentir que era uno de ellos, en igualdad de condiciones. No solo me delataba mi habla: tampoco estaba imbuido de lo que en ellos era espontáneo y consustancial, un carácter que reconocía en mis primos o mis tíos y que a mí, por obra de mi sangre mesetaria y de mi barrio madrileño, me estaba poco menos que vedado. Siempre estuve a gusto allí, siempre fui con ganas y con ellas sigo volviendo, incluso con emoción al ver la Alameda, el barrio de la Trinidad donde nació mi abuela o el perfil de los montes que vie-

ron crecer a mi abuelo. Sin embargo, nunca fui capaz de engañarme y de decirme: soy andaluz. Lo que yo fuera, era otra cosa, desdibujada y tal vez sin nombre.

En esos años también fui a la tierra de mis ancestros salmantinos. Incluso al pequeño pueblo, Sanchón de la Sagrada, donde vivieron y se conocieron mis abuelos. Pero tan solo ocurrió una vez; mi madre ya había nacido en Madrid y su vínculo con la tierra de sus mayores era menos estrecho que el de mi padre con la ciudad donde había crecido. Influyó también que para pasar el verano nos llamaba más la playa que la meseta, y que casi toda la familia de mi madre vivía en Madrid y la de mi padre estaba en su mayor parte en Málaga. De ese único viaje, allá por mis once o doce años, recuerdo el pueblo mínimo de casas humildes, el paisaje de las dehesas con sus toros bravos, los conejos que abundaban por doquier, el mastín enorme que tenía el tío de mi madre y las cabras a las que guardaba y protegía. La brevedad de la visita y su singularidad me hicieron percibir más esos detalles que el alma de la tierra que había sido de los míos. Me llamó la atención su despoblación; también la simpatía, más comedida y menos chispeante que la de mi familia andaluza, de mis parientes castellanos. Y la plaza Mayor de Salamanca, que paramos a ver a la ida o a la vuelta.

Eso fue todo hasta el verano de 1981, cuando me fui a pasar un mes de campamento al aeródromo de Villafría, al lado de Burgos. En mi recuerdo, fue esa experiencia la que me proporcionó mis primeros atisbos conscientes de lo que era o podía ser Castilla. Recorriendo el paseo del Espolón con su estatua del Cid, admirando la catedral o el conjunto de Covarrubias, adonde fuimos de visita cultural. Y sobre todo, viviendo día a día allí, bajo la inclemencia del julio burgalés. Nos lo dijo alguien del aeródromo que era de la tierra: «En Burgos, nueve meses de invierno y tres de infierno». La dureza del calor, que apenas aliviaba la brisa del anochecer, y la conciencia de que en ese mis-

mo sitio, en diciembre o en enero, tiritaban hasta las piedras, me invitaron a imaginar hasta qué punto quienes de allí eran estaban forjados en la ausencia de agasajos y hechos a aguantar y apretar los dientes.

Fue uno de esos días de fuego, en alguna de las excursiones a las que nos llevaban, cuando tuve, vívidamente, la impresión de recoger mi primer atisbo de lo que era o podía ser el prototipo del castellano. Andaba a la sazón yo, más que sediento, deshidratado y al borde del delirio, cuando avisté una fuente de cuyo caño manaba un generoso y sonoro chorro de agua. Poco menos que me abalancé hacia ella, e iba ya a beber de su caudal como si no hubiera un mañana, cuando se me encendió la lucecita que advertía que, antes de probar líquido alguno, el juicio excursionista, y a mí me habían enseñado a serlo, se cerciora de que es potable. Para decirlo todo, la idea me acudió a la mente al percatarme, cuando ya iba a aplicar los labios a aquel chorro, de que un paisano me observaba desde un banco con remota curiosidad.

El caso es que me detuve y, como por allí en ese momento no había nadie más y parecía del lugar y entendido, decidí dirigirme a él. Lo hice como me habían enseñado mis mayores, disculpándome antes de nada por interrumpir su meditación a la sombra y preguntándole, por favor, si podía confirmarme o no que el agua de la fuente era potable. El hombre, de rostro adusto, piel curtida y edad indefinida entre los sesenta y los setenta, me miró de arriba abajo y dijo sin énfasis:

—Algunos beben.

No dijo más, ni me dio a entender que añadiría alguna aclaración suplementaria —por ejemplo, si los que bebían habían sobrevivido— en caso de que se me ocurriera demandársela. Siguió contemplando el infinito bajo la canícula y tanto me impresionaron su laconismo y su seca actitud que hoy es el día en que vuelvo a recordarlo y, como las otras muchas veces que lo he evocado, no consigo

acordarme de si al final me contuve o me atreví a beber a pesar de la incertidumbre.

No era yo un adolescente tan atolondrado como para interpretar que todos los castellanos eran secos y lacónicos; entre otras cosas, me lo impedía el trato con mi abuelo, un hombre austero, pero siempre cálido y de tierno corazón, como descubriría años más tarde, al ver el amor que en sus apuntes personales expresaba por sus hijos, los que le vivieron y los que no, y por su mujer, a la que perdió prematuramente. Sin embargo, sí tendía a intuir, quizá todavía tiendo, que los extremos de algo son indicativos de su esencia. Y si comparaba con el extremo de mi otra referencia familiar, el andaluz, que me venía dado por esos malagueños que sin conocerte de nada te contaban su vida entera en el trayecto de autobús urbano que compartías con ellos, partiéndose de risa y obligándote a reír con ellos, el resultado era que, sin dejar de sentirme extraño, sintonizaba más con estos que con la indiferencia granítica de aquel hombre hacia un pobre muchacho sediento.

Hay experiencias que por razones inexplicables, pero profundas, se quedan marcadas en el alma y moldean la mente. Digamos que desde ese día, y durante décadas, permanecí ajeno a cualquier conciencia y aun a cualquier lejana expectativa de sentirme castellano. Me fue dado luego viajar muchas veces por toda Castilla, y encontrarme a menudo en sus ciudades y pueblos, desde las capitales de provincia hasta los lugares más pequeños y deshabitados, pasando por sus monumentales poblaciones de tamaño intermedio, a multitud de personas cordiales y acogedoras. Y sin embargo, ahí se quedó en mi subconsciente aquel burgalés desabrido, al que no podía asimilar-me y que me mantenía, a efectos de identidad, en ese limbo que muchos madrileños aceptamos como nuestro hogar, nuestro carácter y también nuestro destino, sin mayores aspiraciones –ni necesidades– de sustituirlo por otro.

Tuvieron que pasar treinta años para que eso cambiara, gracias a otra experiencia singular que tuvo igualmente, pero en un sentido opuesto, valor de epifanía. Sucedió una mañana de invierno. Conducía bajo una espesa niebla por la A-4, atravesando la Mancha camino de Jaén, donde tenía varios encuentros con alumnos de secundaria. Había madrugado mucho y, después de oír las noticias y quedar saturado de ellas, decidí ponerme algo de música. Había cogido antes de salir de casa un par de discos compactos que había comprado hacía tiempo y que ni había llegado a desprecintar. No sé qué me llevó a escoger aquel, estaba todavía medio dormido cuando lo hice. Sí sé por qué me lo había comprado: estaba de oferta, tirado de precio, y me vino a la memoria que en mi juventud veía con cierta frecuencia, en el metro, los carteles que anunciaban los conciertos de aquel grupo, cuya música nunca había escuchado. Fue simple curiosidad, asociada a una de esas estampas de los años jóvenes que para el hombre maduro se tiñen de un valor especial, superior incluso al que en su tiempo tuvieron.

Me pareció que era tan buena compañía como cualquier otra para atravesar aquella niebla que apenas me permitía ver los campos de la Mancha. Saqué el CD, lo introduje en el reproductor y esperé a que sonara. Entró, sin música, una voz masculina. Reconocí el acento, muy similar al de mi abuelo y mis parientes salmantinos. Su entonación, contenida, en absoluto cantarina, y sin embargo honda y vibrante. Y lo que aquel hombre dijo, de improviso y contra todo presentimiento, se me clavó en el fondo del pecho y acertó a abrírmelo en canal.

–Tú, tierra de Castilla –arrancó, con un ímpetu que me sacudió al instante–, muy desgraciada y maldita eres, al sufrir que un tan noble reino como eres sea gobernado por quienes no te tienen amor.

Sin poder explicarme entonces por qué, fue oír aquello, y luego el redoble de tambores que anunciaba la pri-